

## PORTUGAL

# El general Spinola: «La guerra de Africa no se puede ganar»

*Propone un principio de autodeterminación  
para que las regiones africanas  
quedaran federadas a una metrópoli  
más liberal y más abierta.*

A los trece años del movimiento de insurrección en Angola portuguesa, extendido luego a las otras provincias africanas de Portugal, el prestigioso general Antonio de Spínola, segundo jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas (véase TRIUNFO, número 580), estima que una victoria exclusivamente militar de Portugal no es viable, y que aun en el caso de que Portugal dispusiese de recursos ilimitados, su única posibilidad sería la de prolongar indefinidamente la guerra. Otro general, Tenreiro, que es miembro de la Asamblea Nacional, ha pronunciado un discurso conmemorando este aniversario, discurso en el que puede verse una respuesta indirecta a Spínola. Tenreiro aduce que las fuerzas nacionalistas no han conseguido ocupar ninguna ciudad importan-

te en toda su campaña y que, por el contrario, las provincias africanas han experimentado un enorme progreso como consecuencia de la acción de Portugal. Tenreiro es salazarista de la vieja guardia y mantiene los puntos de vista más extremos del régimen, que son hasta ahora los oficiales.

Spínola, que fue gobernador de Guinea portuguesa y jefe de los ejércitos en aquella zona, regresó recientemente a Portugal y se habló de que podría ser encargado de formar gobierno. Aun siendo un hombre de carácter poco aficionado a concesiones de ningún tipo, se estimaba entonces que pretendía dar a Portugal una fisonomía más liberal y establecer con las posesiones africanas nuevas relaciones enteramente nuevas.

Los rumores no se confirman; Spínola no tuvo ningún car-

go político, aunque sí un puesto muy importante en el Ejército, como correspondía a su graduación y a su prestigio. El libro que publica ahora, en el que advierte que «Portugal está viviendo una de las horas más graves de su historia, probablemente la más grave», propone que, con el principio de la autodeterminación, las regiones africanas queden federadas con un Portugal que tenga una fisonomía más liberal y más abierta. Una de las tesis que acoge con mayor entusiasmo es la propuesta por el presidente Senghor, del Senegal: una especie de Commonwealth de países lusófonos —de habla portuguesa— que comprendiera Brasil, Portugal, Angola y Guinea-Bissau.

Algunas frases del libro de Spínola: «Si continuáramos creciendo nuestros presupuestos de defensa, llegaremos pronto al límite de nuestros recursos». «Debemos deshacer el mito de que estamos defendiendo Occidente y la civilización occidental. Lo cierto es que los intereses occidentales que decimos que estamos defendiendo, no están coincidiendo ahora con nuestros intereses propios». «Debemos también deshacer el mito de que la esencia de la nación portuguesa es la misión civilizadora, como si uno pudiese aceptar su corolario: que dejaríamos de existir como nación si dejáramos de cumplir esta misión».

Es la primera vez que desde dentro del régimen se escriben con tanta claridad estas opiniones, apenas musitadas por la oposición, y penadas gravemente cuando han emanado de ella. Se ha especulado con la posibilidad de que el propio Caetano compartiera las opiniones de Spínola y que por eso ha permitido la publicación de un libro como éste.

Pero más bien parece que Caetano, en cuyos discursos y textos no puede hallarse la menor traza de estas ideas, no haya querido prohibir el libro por no enfrentarse abiertamente con Spínola y con un sector importante del Ejército que pueda compartir esos puntos de vista. Su forma de respuesta sería a través del discurso de Tenreiro en la Asamblea Nacional, en el que precisamente el carácter de misión y de defensa de la civilización occidental aparecen continuamente descritos con énfasis, además de una versión enteramente triunfalista de la guerra y de su atribución por una parte a la subversión comunista internacional de los pueblos africanos; por otra, a la infiltración de elementos que descomponen la sociedad occidental en los organismos internacionales. La diferencia entre los temas de Tenreiro y de Spínola está en que aquéllos se repiten desde hace trece años sin variación, y que los de Spínola son completamente nuevos dentro del país. ■

## EUROPA-USA

# Crisis Atlántica

*Francia reprocha a Gran Bretaña  
y Alemania Federal  
que no rechacen el atlantismo.*

Francia no se presentó el lunes en Washington para asistir a la nueva reunión de los países consumidores de petróleo (continuación de la celebrada el día 11); Nixon anunció que otra vez aplazaba su viaje a Europa, que debía haberse realizado ya el año pasado. Debía haber venido en abril, pero encuentra que «este no es el momento propicio: se habla de septiembre o de octubre. Los dos viajes frustrados, el del ministro francés de Asuntos Exteriores a Estados Unidos y el del Presidente Nixon a Europa, están estrechamente relacionados. Responden a la situación de tirantez en la alianza. Nixon no podría venir a Europa sin visitar Francia, y no puede hacerlo en estas circunstancias».

La ausencia francesa de Washington no solamente tiene el significado de su negativa a admitir la hegemonía de Estados Unidos en la cuestión de reparto del

petróleo y de otras fuentes de energía, y de su relación con la «defensa de Occidente» para negociar por sí misma, sino que invalida un aspecto importante de esta conferencia: las naciones europeas presentes no podrán decidir en nombre de la Comunidad, de la Europa de «los Nueve» —puesto que falta uno, y muy importante—, sino que habrán de negociar individualmente, en tanto que naciones separadas. Y aun así tendrán siempre encima el reproche de Francia.

El ministro francés de Asuntos Exteriores, Jobert, ofreció un tono humorístico y ligero, una sonrisa, cuando dijo en la Asamblea el jueves de la semana pasada: «La próxima vez que me encuentre con mis compañeros de Gran Bretaña y de Alemania Federal les saludaré diciendo: 'Buenos días, traidores'». Pero lo dijo. Francia reprocha a los dos países que en Washington, el 11 de



febrero, no respondieran a lo que se había decidido entre los Nueve como posición común: rechazar el atlantismo cuando éste interfiera en el europeísmo, y considerar que las naciones europeas deben resolver por sí solas sus problemas de energía, con objeto de no adquirir esta dependencia tan fuerte con respecto a los Estados Unidos, dependencia que en el futuro, puede hipotecar su soberanía.

La próxima vez que Jobert se encuentre a su colega alemán federal, Walter Scheel, será en la entrevista bilateral de los dos países, el día 1 de marzo; tres días después se reunirá con los otros ministros de la Comunidad, en Bonn. Todos habrán estado en Washington menos él: es posible que traten de presionar sobre Francia para que ésta acepte lo decidido en Washington, pero es posible también que desde este lunes estén presionando ya sobre Estados Unidos para que procuren atemperar su posición a la doctrina francesa. Si esta moderación no resulta, existe incluso la posibilidad de que Francia abandone el Mercado Común, como en su día abandonó la OTAN. Es una eventualidad lejana, improbable; pero dentro de lo posible.

Puede no ser el único mazazo a la Comunidad. El otro podría venir de Gran Bretaña. Cuando se escriben estas líneas no se conoce todavía el resultado de las elecciones inglesas, resultado que no se sabrá con certidumbre hasta la noche del jueves al viernes. Si ganasen los laboristas, Gran Bretaña reconsideraría su adhesión a la Comunidad y la presentaría bajo condiciones nuevas. No parece, por los resultados de las calas de opinión celebradas en las vísperas, que vaya a ser así: los conservadores conservan ventaja (aunque los dos partidos están roídos por las ganancias liberales, insuficientes, sin embargo, para aproximarse al poder), pero no sería la primera vez que estas encuestas fracasasen rotundamente en Gran Bretaña. En 1970 se predijo un abundante triunfo laborista, y, por el contrario, fueron los conservadores quienes las ganaron.

De momento, Francia ha conseguido reducir el alcance político de la reunión de Washington del día 25 y hacer que sus compañeros de Comunidad comunicasen a Estados Unidos que no estaban dispuestos todavía para formar el comité de coordinación para el estudio de los problemas energéticos que estaba previsto, sino considerarla como una reunión "preparatoria" decidida solamente a estudiar algunos "aspectos prácticos". Es decir, poner un freno a la velocidad de Kissinger. Y a la de Nixon, que está consiguiendo buenos resultados de política exterior con los que aliviar su apuradísima situación interior, en un momento en que los datos del proceso del Watergate se hacen más duros para él. ■ J. A.

